

El color del semblante va faltando;
De mármol es el pecho, ántes de nieve,
Y sin que envíe de Medusa el arte,
El nimen vengador, en punto breve,
De risco la vistió por toda parte;
Aunque peñasco rígido quedando,
Piedra es ahora, y piedra fué Anaxarte;
Porque, el corazón duro derramando
Por toda ella el rígido veneno,
Fué todo lo demás petrificando.
Huiré de tanto horror, y al sitio ameno
Que está en el centro de la falda umbrosa,
De toda la espesura verde seno,
Iré á olvidar la caza fatigosa,
Si no tragedias tantas. Vénus bella,
Guárdame á Prócris, y serás mi diosa.

PRÓCRIS.

Desde este que eminente se descuella
A hermosa vista risco formidable,
Que, aunque difícil, superó mi huella,
Se me descubre toda la agradable
Campaña, pero ni á Anaxarte veo,
Ni á Céfalo, ni á Ifis miserable.
Quizá los dificulta á mi deseo
La verde confusión; mas ya igualmente
Las horas parte el lumínar febeo.
El venatorio estruendo antecedente
Cedió al silencio ya, y aun la espesura
Arde, á pesar del aura, mudamente.
¡Ni un can que late! pero á la llanura
Céfalo baja por aquel repecho,
Y hácia el valle de Adónis se apresura,
Donde dicen le aguarda en blando lecho
Esa Laura que tantos ya le cuesta
Fieros cuidados á mi triste pecho.
Sin duda solicita la floresta;
Porque en ella la ninfa á sus desvelos
Previene alivios de la ardiente siesta.
¡Oh, lo que me persuaden mis recelos!
Yo desciendo. Piedad, diosa enemiga,
Porque voy á morir ó á ver mis celos.

CÉFALO.

Aquí do el agua clara y sombra amiga
El verde prado bañan de frescura,
Dejar quiero el calor y la fatiga.
Ya que no pueda la memoria dura
Del triste caso, que aunque fuese ajena,
Me affige propia aquella desventura.
Junto á este arroyo que apacible suena,
Y frente al pie de aquella palma nace,
De entre la rubia bulliciosa arena,
Bajo del arqueado opaco enlace
De verdes hiedras con los troncos rudos,
Fresco sitial á mi cuidado yace.
Reclinado sobre él, mientras los nudos
De la red doy al ocio, y mis tres canes
Bajo la tosca breña anhelan mudos,
Descanso dulce tengan mis afanes,
Que hoy no poco los tuvo ejercitados
Desde la fuente de los Arrayanes
Aquella tigre que precipitados
Nos trajo por la selva peligrosa,
Los venatorios tráficos burlados;
Pero, por si ella ó otra alguna osa
Alterar mi quietud, aquí prevengo
El dardo inevitable de mi esposa.

PRÓCRIS.

Aquí segura la ocasión ya tengo.
¡Aun está solol! ¡Si mi agravio piensa?
Ó á morir ó á vivir de una vez vengo.
Este intrincado sitio me dispensa
Ver sin ser vista, pues al más agudo
Lince las ramas son muralla densa;
Mas porque el sobresalto aún no sacudo,
Driade ser quisiera de esta palma,
Ó con ojos y oídos jaspe mudo.
Aun la respiración le niego al alma,
Temiendo me descubra su aire leve.

CÉFALO.

Toda la selva yace en muda calma.
Sólo murmura esta disuelta nieve
De que las verdes lenguas de los troncos
El lisonjero céfiro no mueve.
Silencio dieron los peñascos broncos
A la alta selva, ni las dulces aves
Se solicitan con suspiros roncos.
Todo arde y calla, y callas tú, que sabes,
Oh Aura, que en medio del ardiente día
Haces tú leves mis fatigas graves.
Vén, Aura mia, vén; vén, Aura mia;
Dulce hielo serás del pecho ardiente.
Vén, Aura mia, vén; vén, Aura mia.
Pero si rumor vano no me miente,
Las ramas se han movido, y al estruendo,
Un can y otro ladrando va impaciente.
La fiera es; al dardo me encomiendo;
Desde aquí se lo arrojo ántes que huya.
Logré el golpe.

PRÓCRIS

¡Ay de mí!

CÉFALO.

Mas ¡qué estoy viendo!

PRÓCRIS.

Que será sin estorbos Laura tuya
Cuando, más que á este dardo, al sentimiento
De mis celos, mi vida se concluya.

CÉFALO.

Sobre mí caiga todo el firmamento.
Yo al aura, al viento, que el calor templára,
Llamé.

PRÓCRIS.

¡Ay de mí! Pues ya fué ninfa el viento.

No me puede, oh Diana, ser más cara
Tu dádiva fatal, cuando la admiro,
De tanta sangre como vierto avara.
Céfalo, adios; porque difícil miro
El día, para mí ya noche oscura.
Aura es también; recoge este suspiro.

CÉFALO.

Faltó ya de la tierra la hermosura,
Faltó mi bien, faltó de toda parte,
Llegó mi mal, llegó mi desventura.
¡Cómo al dolor el monte no se parte?
¡Si al ver mi llanto, aún con su amante implía,
De ser peñasco dejaría Anaxarte?
¡No era yo aquel que cándido aplaudía
Mis gustos como eternos! ¡Qué cercano
Vive el triste pesar de la alegría!
¡Oh coro de los dioses soberano!
¡Que hubo de morir mi bella esposa,
Y de su esposo á la sangrienta mano?
¡Oh antelación del hado rigorosa!
¡Prevención fué muy corta para esta
Tanta tragedia horrible y lastimosa!
¡Qué furias hoy por toda esta floresta
Sembrando han ido funebres horrores,
Si para el amor dulce fué dispuesta!
Pero si es selva, y selva con amores,
Ya que la evite, misero, me advierte
Adónis, muerto entre sus bellas flores,
De Cencreo infeliz la amarga suerte,
Del triste Ifis la desgracia fiera,
Y de mi Prócris la sangrienta muerte.
No me castigues; huyo, diosa austera.
Huid, huid, mortales, la espesura;
Porque por ley (que aún Júpiter venera)
No hay amor en las selvas con ventura.

COMPOSICIONES VARIAS (1).

Epitafio á una perrita llamada *Armelinda*.

Bajo de este jazmín yace *Armelinda*,
Perrita toda blanca, toda linda,
Delicias de su ama,
Que aún hoy la llora; llórala su cama,
La llora el suelto ovillo,
Como el arrebuñado papelillo
Con que jugaba; llórala el estrado,
Y hasta el pequeño can del firmamento,
De Erigone (2) olvidado,
Muestra su sentimiento;
Solamente la nieve se ha alegrado,
Pues si yace *Armelinda* en urna breve,
Ya no hay cosa más blanca que la nieve.

Epitafio al sepulcro de un perro dogo, muy especial, que se enterró en el patio de los Naranjos del colegio de Santiago de Granada.

Aquí yace *Arrogante*,
Dogo hermoso; vivió para él bastante,
Poco para su dueño, cuyo anhelo
Lugar le diera con el can del cielo.
Sirvió siempre leal, y en ocasiones
Ahuyentó de su casa los ladrones;
Sólo su dueño, oh triste, noche y día
Fue su solaz y fue su compañía.
Si sirves, caminante,
Mucho que aprender llevas de *Arrogante*.

Lloraras cuando supieras
Que dentro de un mes morías;
Y ¡es posible que te rias,
Y quizás mañana mueras!

Fábula de Alfeo y Aretusa (3).

Canto el amor del despreciado Alfeo,
Cuyas quejas dulcísimas, dolientes,
Por las amargas ondas de Nereo
Aun oyen de Aretusa las corrientes.
Pues tú, délfico dios, otro deseo
Siguiendo vas con círculos lucientes,
Haz que en estas mis cláusulas sonoras
Yo me corone del desden que lloras.
Tú, de Arellano honer, Mecénas mio,
Que aman las Musas y prohija Astrea,
Que el caudaloso Bétis, patrio río,
Lleno de lustres saludar desea;
Este mi ocio escucha, si es que fio
Lo grave dividir de tu tarea;
Logre yo tus favores entre tanto
Que los desdenes de Aretusa canto.
Del dios rey de las aguas hija era
Ninfa de Acaya, á quien la esquiva diosa,
Cuando desde el Eurota va á su esfera,
Deja el dominio de la selva umbrosa,
Que en la tropa de Oréades ligera,
Siendo la más gentil, la más hermosa,
Aun ausente de Febo la alta hermana,
No desean las selvas á Diana.

(1) Estas composiciones, así como *El Adónis*, se imprimen ahora por primera vez. Algunas de ellas están copiadas de un códice de la escogida librería del señor Marqués de Pidal; las más, de los autógrafos del mismo Porciel, que forman parte de las actas de la Academia del Buen Gusto. (Nota del Colector.)

(2) Hija de Icaro. Descubrió la muerte de su padre por medio de una perra, que no cesaba de aullar sobre la sepultura de Icaro. (Nota del Colector.)

(3) Dedicó Porciel esta composición al señor don Francisco Ramirez de Arellano, alcalde del crimen en la real audiencia de Barcelona. (Nota del Colector.)

No ilustró del Taigeto la escabrosa
Cumbre ninfa más bella, pues la frente
En cada estrella vence luminosa
Los ojos, que abre el cielo transparente;
De cuanto en sus mejillas mezcla hermosa
Hizo con el jazmín, clavel ardiente,
Queda uno, que en dos hojas se señala,
Que encierra perlas, y ámbar exhala.
Bajando al pecho de su blanco cnello,
Mucha nieve en dos partes dividía,
Sobre cuyo candor suelto el cabello,
Las hebras de oro el viento confundía;
Así inunda de rayos el sol bello,
Nevado escollo al despuntar del día;
De sus manos, en fin, son los albores
Incendios de cristal, hielos de ardores.
Esta, de Vénus inmortal desdoro,
Dejándole á la espalda el peso leve
Del cúbico careaj y flechas de oro,
Estas ajusta al arco, que las mueve;
Penetra el bosque, y el errante coro
Cede al aplauso que á Aretusa debe,
Porque usurpa á las glorias de Atalanta,
Lo cierto el tiro, lo veloz la planta.
Igualmente partiendo su carrera,
El sol las blancas horas encendía,
Cuando Aretusa, que corrió ligera
Los arduos montes y la selva umbria,
Fatigada descende á la ribera,
Y en su encendida nieve permitía
Que en más bello cenit, con más auroras,
El sol hiciese las ardientes horas.
Por laberinto de álamos frondoso,
De verdes sauces por estancia amena,
Profundo un río corre silencioso,
O se desliza con quietud serena;
De este un remanso advierte delicioso,
Que no le esconde la menuda arena,
Pues contaba en sus senos transparentes
Uno á uno sus cálculos lucientes.
La calurosa ninfa, que procura
Termino á sus afanes desdoro,
Solicita registra la espesura,
Por si alguno la advierte Acteon osado;
La soledad el sitio le asegura,
Y habiendo sus despojos confiado
De un sauc, dió al cristal el blanco bulto,
Donde quedó cubierto, mas no oculto.
En el claro remanso, no lasciva,
O se abate, ó se eleva, ó se recrea,
Pareciendo en la espuma fugitiva,
Segunda de las ondas Citeraea;
Sus brazos (blancos remos, en que estriba)
Cortan las aguas; y si lisonjea
El viento de sus hebras el tesoro,
Bajel es de marfil, con velas de oro.
En hondas grutas de cristal luciente
El dios Alfeo, entónces sosegado,
Oye turbar sus aguas, y la frente
Alzó, de verdes cañas coronado;
Mira la blanca ninfa, mira, y siente
Dulces incendios en su pecho helado;
Y suspensos sus rápidos cristales,
Así siente su amor, así sus males:
«Si piensas, ninfa bella, que no dura
Un instantáneo amor, y excusas fiera
El bien que me promete esta ventura,
Para crecer, amor tiempos no espera.
Si el ver y el adorar una hermosura
Son dos cosas, ninguna es la primera;
Yo te vi, yo te amé, y otros amantes
No te adoraron más, te amaron ántes.
«Calurosa y cansada, tus fatigas
Recibieron benignas mis arenas;
Dulcemente en mis aguas ya mitigas
El calor y el cansancio, y no mis penas;
Ya que en mi propia urna tú me obligas
A beber el veneno que en mis venas
Arde, recíprocamente los favores;
Mitíguen tus cristales mis ardores.
«Dueño soy (si soy tuyo ¡qué fortuna!)
De cuanto engendra la ribera amena;

Mil arroyuelos desde su alta cuna
Bajan su plata á mi dorada arena;
Contéplase en mí el sol, la errante luna
Aun no se mueve en mi quietud serena;
Mas ¿para qué número bienes tales,
Si ya sólo soy dueño de mis males?»

Dice; y lascivo apenas se adelanta,
Cuando ella de sus ondas se le exime
Intrepida, fiando á veloz planta
Nobles defensas, que el amante gime;
Mas, como aunque á Aretusa en fuga tanta
Alas preste el desden, nunca reprime
Sus esfuerzos amor, que es dios alado,
Vuela ella esquiva, y el enamorado.

«Aguarda, espera (dice); oh ninfa, tente;
¡Oh, si el amor un muro te opusiera!
Teme de áspid dormido el mortal diente,
Cuando no el pomo de oro en tu carrera;
Mas ¡ay de mí! que ni el metal luciente,
Ni el veneno mortal te suspendiera;
Pues no detuvo ya tu pié divino
Mi pena más mortal, mi amor más fino.»

Sorda Aretusa, y más veloz que el viento,
Huye, y el dios, que en vano ya la nombra,
Tanto se adelantó en su seguimiento,
Que una vez abrazó la amada sombra;
Del fatigado pecho el recio aliento
El tierno oído de la ninfa asombra;
Y como el dios acoso la seguía,
Creyó que húmedo el austro la impelia.

Así afligida con el riesgo instante
La casta compañera de Diana,
Contra el esfuerzo del insano amante,
A su deidad apela soberana.
«Oh diosa (dice), si guardé constante
Tus santas leyes, y si aplausos gana
Tu decoro, defiende de este impio
Mi honor por tuyo, cuando no por mio.»

La diosa, conmovida al justo lloro,
De opaca y densa niebla rodeada,
La oculta, y luego la madeja de oro
Corre en hilos de plata liquidada;
No de coral, de aljófar es tesoro
La sangre de las venas desatada,
Y al deshacerse en los cristales puros,
Bullen la blanda carne y huesos duros.

Entre tanto, cual dando vueltas ciento,
En alta noche el can infiel dormido,
A espacioso redil el lobo hambriento
Aulla, y crece el misero balido;
Tal gira en tornos, firme aún en su intento,
La opuesta nube el dios; y más rendido,
Por si su ingrata bella aún no se excusa,
«¡Oh mi Aretusa, clama, oh mi Aretusa!»

Desató el viento, en fin, la niebla fria,
Dejando descubierto al triste Alfeo,
Fuente ya, á aquella por quien su porfia
Torpes delicias prometió al deseo.
Vuelve á sus aguas, nunca á su alegría;
Aunque, por corto de su dicha empleo,
Le conceden que junte su corriente
De su amada Aretusa con la fuente.

Acteon y Diana (1).

Aquella que nos informa,
Que aunque tres formas vistió,
No querrá un hombre, y que no
Será de ninguna forma;
Pues si bien Pluton de un cuerno
La llevó por su querida,
De estos casados la vida
Vino á ser luego un infierno;
Con quien de amoroso empeño
No hay quien acordarse cuente,

(1) Esta fábula burlesca, en verdad harto desafortunada en su estilo, fué compuesta en las mocedades de Porcél, cuando aún llevaba éste en la Academia del Trípede el primer nombre que usó en ella, esto es, el de *El Caballero de la Floresta*. (Nota del Colector.)

Y aún Endimion solamente
Se acuerda como por sueño;
Hija de Jove (un borracho)
Y Latona, que parió una
Muchacha como una luna,
Y como un sol un muchacho.

Fatigada ésta del uso
De las flechas un verano,
Pues siendo menor su hermano,
A abochornarla se puso;

Viendo entre unas espesuras
Que un mudo remanso habia,
Tan claro, que le decia
A cualquiera dos frescuras,
Dijo: «En bañarme convengo,
Ninfas, presto, á desnudarme;
Que, aunque casta, he de limpiarme,
Pues soy leona y manchas tengo.»

Desnudas todas, se fragna
El baño, y aunque temian
Si desnudas las verian,
Echaron el pecho al agua.

Y cuando en las aguas mudas
Las faltas que desmentian
Vestidas, las descubrian
Como verdades desnudas,

Acteon, hijo de Aristeo
Y Autonoe, llegó cazando
A la fuente, adivinando
Que allí habria un buen ojeo.

Aquí fué la fiesta brava,
Aquí el chillar, y agua echarle;
Pero el gato, al zapearle,
A la carne se acercaba.

«Vanos son esos trabajos,
Ninfas (dice); no griteis,
Ni vuestros triples me alceis;
Que yo busco vuestros bajos.

«Mi brazo es de todas mangas,
Por feas no os afijais;
Que yo, porque lo sepais,
Tambien suelo cazar gangas.

«Porque vea, no hayas pena,
Diana tus cuartos menguantes;
Que mis cuartos son bastantes
Para hacerte luna llena.

«Que seas casta no contrasta
Lo que á tu honor es debido,
Porque lo que yo te pido
Cosa es que te deja casta.»

Diana con ojos severos
Dice: «No te gloriarás,
Pues si en carnes visto me has,
Yo haré te vean en cueros.

«Y pues de verme los yerros
Te tengo de castigar,
Eso que me quieres dar,
Guárdalo para los perros.»

Dijo, y cornudo venado
Lo hizo; pero, si hacer pudo
La que dió en casta un cornudo,
¿Qué no hará la que no ha dado?

Huyendo, pues, por los cerros
Sus perros, que lo encontraron,
Fieles lo despedazaron,
Con que murió dado á perros.

Para cofres recogieron
El cuero, y á la cabeza
Enterrada, esta simpleza
O esta discrecion pusieron:

«Hombres bobos, que al ver una hermosa,
Le entregais las potencias y sentidos,
Y aún poseis las dichas, entendidos
Estad en que la dicha no es segura.

«Acteon escarmentados os procura;
Que á una casta deidad (si ennoblecidos
Deben los riesgos ser apetecidos)
Dió un sentido, y ya llora su locura.

«Sólo en la vista tuvo su delicia,
Y se vió, cual lo ves, muerto, deshecho,
Bruto y con astas; pero no lo dudo,

«Pues cualquiera mujer que se codicia
(Sea la mejor); lo deja á un hombre hecho
Un pobre, un bruto, y lo peor, cornudo.»

SONETOS.

I.

Enviando unos dulces á una dama, que no gustaba de otros versos que los de Garcilaso, en ocasion de hallarse indispueta (1).

Cerca del Dauro, en soledad amena,
Con tu memoria, oh Julia, divertia
Los males de mi triste fantasta,
De cuyo bien la ausencia me enajena;
Cuando por nuevo susto, nueva pena...
Ya no quiero más culto, Julia mia:
Digo en pluma corriente; que ayer dia
Me dijeron que no quedabas buena;
Que era el mal, resfriado, y yo en tal caso
Almendras, te receto, confitadas;
Prendas son de mi afecto en nada escaso,
Y con motivo de tu mal buscadas;
Cómetelas, y di, con Garcilaso:
¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas!

II.

Al ilustrísimo señor don Pedro de Salazar, obispo de Córdoba, en ocasion de haber ordenado de presbiteros á unos eclesiásticos granadinos.

Constitues principes super om-
nem terram memores erunt nomi-
nis tui. (Psal. XLIV.)

A tí, oh príncipe, áureo candelero,
Que esplendores derrama indeficientes
Por el cordobes templo, reverentes
Dirige afectos corazón sincero.
De tu altamente señalado esmero
Las gratitudes guardarán presentes,
Hijos de aquella que entre muchas gentes
Sus rojos granos coronó primero (2);
Pues si tu mano los eleva á honores
Sobre la tierra, hallando en su alta gloria
De príncipes sagrados el renombre;
Dignamente previene á tus favores
El corazón afectos, la memoria
Veneracion eterna de tu nombre.

III.

En la muerte y sepulcro del doctor don Blas Antonio Nasarre y Ferriz, del consejo de su majestad, etc.

Yace aquí varon inclito; aquí empañá
Negro horror una pluma brilladora,
Aquí el ejemplo singular mejora
La virtud, que las ciencias acompaña.
Su alma aquella de esplendores baña;
Mientras á la urna que éstas atesora,
Llora la amistad fiel, el honor llora,
Lloran las musas de la grande España;
Llora aún la envidia, pero llora en cuanto
Falta en su ilustre vida el mortal cebo,
Que ejercitó sus venenosos dientes;
Pero convierta ya su crúel llanto
En más feroz rugido; porque Febo
Su fama envía á las postreras gentes.

IV.

A la memorable hazaña de Alonso Perez de Guzman el Bueno, en el sitio de Tarifa.

Del fuerte rey el desleal hermano,
Más por traicion que por valor seguro,
Confie aún más que en el ariete duro,
En la vil saña, en el enojo insano.

(1) Esta composicion y las siguientes fueron leídas en la Academia del Buen Gusto. (Nota del Colector.)

(2) Alusion alambicada á Granada.

Prevenga, pues, el bárbaro africano
Ultimo asalto al vacilante muro,
Y del metal del sol hijo más puro
La adusta frente coronarse ufano;
Que de tanta traicion, invasion tanta,
Oh Alfonso, triunfarás, cuando triunfarcas
De un amor paternal; ¡oh alta victorial!
En vano Ausonia su Torcuato canta;
Que harán tu hazaña, viéndola ambos mares,
En ambos mundos inmortal tu gloria.

V.

En el elogio del padre fray Bartolomé Rubio, religioso franciscano, que murió con fama de santidad, cuya vida compendió en el panegirico que le predicó el reverendísimo padre lector jubila-
do Mora, con la alegoría de piedras preciosas por virtudes.

Este que, dulce Tulio, ha desatado
Tesoro de elocuencia prodigiosa,
Preciosísimas piedras á tu ansiosa
Noble solicitud ha derramado.
Desenvolverá en ellas tu cuidado
Virtudes que en la noche tenebrosa
De nuestro mundo hicieron luminosa
El alma pia de varon sagrado.

Luce entre todas, como la más bella,
La caridad, rubí ardiente en cuanto
Rayos imita enardecida estrella.

Dejó cuanto fué suyo el varon santo;
Poco es, el mismo se entregó por ello.
Oh tú, que aquí la encuentras, da otro tanto.

VI.

La bella Anarda conducida era
Sobre un torpe cuadrúpedo, ¿no explico
Lo que era así? Pues era en un borrico;
Yo no quiero ser culto; ¡hay tal quimera!
Llegaba, pues, mi bestia á la ribera
De Aguas-Blancas, y dando de hocico,
Derribó la deidad, y por tantico
No se *aretusa* aunque su *Feo* muera.
Su cuyo acudió luego, recibiendo
Al desmayado sol; mucho intentaron
Las mañas del burrillo porta-coles;
Pues si cuatro caballos, despidiendo
De sí un sol solo, al mundo lo abrasaron,
¿Qué no abrasará un burro con dos soles?

VII.

A Cristo crucificado (3).

El demonio, feísimo
Puso al hombre más negro que la *Arcestruz*,
Y por cosa que no importa una *Pez*,
Perdió, Señor, tu soberana *Nuez*,
Pero siendo tu amor el *Luz*,
Descendiste del cielo, y nuestra *Arca*,
Purificaste, cuando de una *Hoz*,
Agua y sangre nos diste en esa *Vez*,
Blanca el hombre vistió *Cruz*,
Y en el alma sonó perpétua *Sobrepelliz*,
La que es del Padre Eterno eterna *Paz*,
Pues tu muerte, Señor, me hizo *Voz*,
Para que yo con muerte viva, *Feliz*,
Muera mi culpa en penitencia *Haz*,
A *Atoz*.

VIII.

La nunca bastante celebrada musa de mi señora la Marquesa de Castrillo habia empezado un poema heroico, cuya materia eran las glorias de Salamanca, su patria, y antes de concluirlo murió.

(Soneto, con alusion á la fabula de Orfeo y Euridice.)

Canta en buen hora, afrenta castellana,
Del tracio Orfeo la patricia historia,

(3) Este soneto con piés forzados fué compuesto en la Academia del Buen Gusto. (Nota del Colector.)

Y del oscuro tiempo la memoria,
A tu voz rescuite la edad cana.
Canta, y venza tu lira soberana
Cuanta niebla Letea su alta gloria
Ofuscó por caduca y transitoria,
O mordió el diente de la envidia insana.
El reino del olvido, penetrado
De tu estudio, obediente á tu armonía,
La patria á esplendor nuevo restituye.
Mas cuando á mirar vuelves lo pasado,
Antes que salga á ver el claro día,
Con tal luz, todo en triste sombra huye.

IX.

En elogio del sermón de honras al ilustrísimo y reverendísimo señor don Pedro de Castro Vaca y Quiñones, presidente que fué de la chancillería de Granada, arzobispo después de esta ciudad, últimamente de Sevilla, y fundador de la iglesia colegial del Sacro Monte, etc., predicado por el reverendísimo padre Nicolás Calderón, de la Compañía de Jesús, etc. La idea del sermón fué: *Pedro, tres veces piedra.*

De mi insigne varón el alma pia,
Recta vara, cayado diligente,
Dificulté elogiarse dignamente
Quien tanta mereció noble osadía.
Licurgo, el Dauro un tiempo lo temía,
Pastor después, lo ama reverente,
Y aun el Bétis alzó la algosa frente
Al eco tierno que le oyó algún día.

De ancianos siglos prendas sacrosantas
Monumento le deben generoso,
Siendo él la *Piedra* en quien hoy persevera.
Mas lo *Máximo* halló de glorias tantas
Quien, siendo Pedro *Máximo*, ingenioso
Pedro *tres veces grande* lo pondera.

X.

Epitafio de Felipe V.

En este esplendor, no de egipcio vano,
Régio túmulo sí, santo reposo,
El monarca se esconde más glorioso
Que triunfó del inglés, postró al germano.
De los Filipos del imperio hispano
Fué el quinto, y el primero en lo animoso;
Que el cetro, aun más que á su natal dichoso,
Debió al cielo, á su espada y á su mano.
Premió virtudes, castigó maldades,
De su fe y su justicia el celo santo;
Fué dechado de honor y de heroísmo.
Murió para vivir en las edades.
¡No habrá en el orbe rey que sea tanto!
Pero todos vendrán á ser lo mismo.

A nuestros católicos reyes don Fernando el Sexto y doña María Bárbara felicitada, en su exaltación al trono de las Españas, un su ignorado pero leal vasallo, en esta afectuosa

CANCION HEROICA.

Cuanto la negra noche triste llora,
En procelosas llovías desatada,
Las cenizas del padre de Factonte;
Tanto al aparecerse coronada
De rosa y de jazmín la blanca aurora,
Se dilata sereno el horizonte,
Se ríe el valle y regocija el monte.
¡Oh cisnes elocuentes!
¡Oh del más grande rey súbditas gentes!
Ya al sepultado sol digno tributo
De lágrimas rindisteis, bien que el llanto
Consumir no pudiera dolor tanto;
Ahora bañad el aire de armonía,
Los pechos desatad en alegría;
Que ya, á pesar del tenebroso luto,
Vuelve, de luz su esfera coronando,
Bárbara, aurora, con su sol, Fernando.
Soberbio el cortesano Manzanares,
No ya pobre, que al justo llanto pio,
Porque el Marte español voló á su esfera,

Dejó de ser arroyo y creció á rio;
Imponer piensa leyes á ambos mares,
Y márgenes pidiendo á su ribera,
Aquelló segundo, brama fiera;
Brama, y para que rompa
Más dulcemente el aire, muda en trompa
El eterno de cristal, con el que intenta
Cantar un tiempo las futuras glorias,
Que alma eterna han de ser de las historias;
Y en tanto, á su deseo iluminados
Los tenebrosos senos de los hados,
A la sagrada llama con que alienta
Febo su heroica trompa cristalina,
Así, oh gran rey, tus glorias vaticina:

«Levanta, España, la orgullosa frente,
Y en cada afecto préstame un oído;
Escúchame aclamar tu rey Fernando,
Tu rey *Fernando el Sexto* esclarecido,
Que el renombre juicioso de *Prudente*
Para sí, entre otros muchos, reservando,
Irás de los Fernandos renovando
Lo *grande* del primero,
La *santidad* heroica del tercero,
Del quinto lo *católico*, y de todos
Sus regios, sus gloriosos ascendientes,
Cuanto ilustrés los hincos entre las gentes,
Logrando que á las luces de su historia
Lisonja vuelva á ser de la memoria
El esplendor antiguo de los godos,
Y que del sol en el afán diurno
El siglo se repita de Saturno.

«La hermosa frente, de laurel ceñida,
Y el cetro de oro ve en la blanca mano
De Bárbara, tu reina, astro luciente
Del firmamento augusto lusitano.
Esta, al real consorte parecida,
Es la que ha de aumentar gloriosamente
La piedad, el valor, el celo ardiente,
Ya de su Lusitana,

Ya de la Isabel nuestra castellana.
Bárbara, pues, y Bárbara en la parte
Del nombre, es, por lo afable de sus hechos,
Idolo y culto de españoles pechos;
Si ya no sea que el afecto mismo
Discretamente suene á barbarismo
Cuando la adore de futuro Marte
Fecunda (si es que Febo no me engaña),
Juno del grande Júpiter de España.
¡Me engaña, ó del olimpo bajar veo,
Atropellando nubes de oro y nieve,
Seis blancos brutos, conduciendo ufanos,
En carro que del sol los rayos bebe,
La paz y la justicia, que al deseo
Feliz de nuestros reyes soberanos
Se abrazan dulces y se dan las manos?
Volando se adelanta

La sincera verdad, la virtud santa,
La felicidad sigue prometiendo
Quedarse con nosotros, y entre tanto
La traición, la lisonja, el triste llanto,
Los pálidos cuidados y la guerra,
Que hizo en sangre y furor arder la tierra,
Al negro abismo de su luz huyendo
Precipitados, las espaldas vuelven,
Y como al sol las nieblas, se resuelven.
«Ahora sí que de Marte las violencias
Cerrado el templo, esconderá, de Jano,
Y abierto el de Minerva, en sus altares
Merecidos (y alguna vez en vano)
Exaltadas serán artes y ciencias;
Dando ya al viento velas por talares,
Mercurio fiel frecuentará los mares;
Ahora por otras lides
Coronarán los pámpanos á Alcides;
Y sin que el miedo, herido el parche, acuerde,
Cantará, mientras pace su ganado,
El pastor á la sombra descuidado;
Hecho aguijón el hierro de la espada,
Contento el labrador verá dorada
De sus espigas la esperanza verde,
Y entre tanto en el yelmo enmohecido
Castas palomas compondrán su nido,

«Tanta, pues, en los días de Fernando
Abundancia de paz y de justicia
Nacerá á sus vasallos oportuna;
Esta esperada paz será propicia,
Hasta que del gran padre suscitando
El ánimo, la espada y la fortuna,
Del sólo haga caer la media luna,
Cuando el león glorioso,
El águila y el gallo generoso
Con fe se junten, con afecto puro,
Y sus armas católicas triunfantes
Cubran el mar de bárbaros turbantes.
Tu, oh Rey, á quien el cielo guarda tanto,
De Cristo librarás el mármol santo;
A ti te espera de Sion el muro,
Y el sagrado Jordan, que, expulsó el moro,
La sed te templará en celada de oro.
«Oigame el cielo, oh gran monarca mio,
Y en tanto que mi anuncio no me engaña,
En feliz hora ocupa con tu esposa
El trono real de la invencible España.
Reinad; que en el menor vasallo fio
Que el corazón, cuando los ojos no osa,
Os envíe con ansia generosa;
Reinad, y tarde ó nunca
De Atropos corte la cuchilla adunca
De vuestras vidas el dorado hilo,
Porque goceis con prole dilatada
Larga paz, feliz cetro, invicta espada.»
Dijo el undoso dios, y el grave acento
Oyó el Ebro, y volviólo á dar al viento,
Hasta que lo escuchó el bárbaro Nilo,
Que iritado, arrojó contra las rocas
Rabiosa espuma por sus siete bocas.

Cancion, mucho presumes si procuras
A los siglos hurtar cosas futuras;
Di sólo que en el inclito Fernando
La España logra un príncipe valiente,
Religioso, magnánimo y *Prudente.*

A la hermosura, pudor, susto y libertad de Andrómeda,
expuesta al monstruo marino.

CANCION.

A un alto escollo rudo,
Del enojado mar eterna injuria,
Opuesta siempre á su enrespada furia,
Con uno y otro rigoroso nudo,
A la hija de Cefeo ligar pudo
La bárbara sentencia
De decretos fatales,
Que en el tribunal ciego de los males
Promulgó de sus hados la inclemencia,
Por exponerla así á la ardiente saña
Del que ya le previene muerte fiera
En la cerúlea líquida campaña,
Criel monstruo marino,
Horror de la ribera,
Sin culpa que ocasione su destino;
Que para tanto mal, tanta fatiga,
Le basta una deidad por enemiga.
Al viento se esparcía
El rico oír de su cabello undoso,
Juzgándose él entonces más dichoso;
Pues, como toda Andrómeda gemía
La una y otra prision que la oprimía,
El que solo quedaba,
Libre de estas crueldades,
Parece que ostentaba libertades;
Si ya, tal vez piadoso, no intentaba
Lo que, á ser libres las ligadas manos,
Procuráran, cubriendo el rostro bello;
De este modo á los cultos soberanos
De su honestidad pudo
Atender su cabello,
Pues el santo pudor, al ver desnudo
Su blanco bulto hermoso, bien quisiera
Que el escollo se abriese y la escondiera.
Aunque en el riesgo instantáneo,
Del susto con los pálidos desmayos,
Las mejillas ajar debían sus mayos,
Al ver expuesto su recato amante,

Con el carmin cubrieron purpurante,
Vergonzosas, su nieve.
Largo el llanto corria
De sus ojos, que en perlas lo volvía
El nácar, concibiendo en concha breve
El copioso rocío de su cielo,
A tiempo que obsequioso el mar besaba
(Repetiendo en cada ola su desvelo)
Su presa planta bella,
Y aun deidad la adoraba
De sus aguas, si Tétis no, que al vella,
«Si es tan infeliz (dijo) como hermosa,
Poco es la muerte para no ser diosa.

«Por qué, oh tú, soberano
Rey de los dioses (tierna su voz dice),
Quieres que sea yo tan infeliz?
¿Es la inocencia ya título vano?
Si de rigor armó tu excelsa mano
Mi madre Casiopea,
Vana con su hermosura,
Desprecien las Nereidas por locura
Lo que sólo dictó la altiva idea
De necia presunción, y no envidiosas,
Infamemente ultrajen el decoro
De deidades, si no es que más hermosas,
Las haga una venganza,
Hija de un vil desdoro,
Y si suya la culpa, no la alcanza
La muerte, ya confiesan que es más bella,
Porque sea yo infeliz, y deidad ella.

«Que las iras dominen
Los ánimos celestes? ¿Que sea digno
En los dioses lo mismo que hace indigno
En los mortales que al rencor se inclinen?
Mas ¿qué me quejo? Contra mí fulminen
Y decreten ruinas;
Dejaré de esa suerte
Lastimosa mi fama con mi muerte,
Y ellas, degenerando de divinas,
La suya dejarán ignominiosa,
Y de su impiedad odios inmortales.
Y pues de una deidad la acción gloriosa,
Que divina la arguye,
No propia de mortales
Y humanos, ser no humano constituye,
Deidades serán ellas, mas tan vanas,
Que sólo en la crueldad serán no humanas.»

Entre estas lastimosas,
Bien justas quejas, ya del monstruo horrendo
Prevenia en las aguas el estruendo
Terror á aquellas playas arenosas,
Cuando, ladron el susto, á las hermosas
Mejillas purpuradas
Robó cuanta riqueza
El pasado rubor dió á su belleza.
Huye á lo extremo por las no ignoradas
Sendas la sangre helada, y de su ayuda
El noble corazón destituido,
Su regulado movimiento muda,
Y la quietud altera;
Mas á su rey querido
La parte superior dió la primera
El socorro, y la niña quedó en breve
Inmóvil roca de cristal ó nieve.

Pero, aunque te publique
Humana, sin dejar de ser divina,
Oh Andrómeda, el temor que te domina,
Aunque en el feroz monstruo signifiqué
Alta envidia su saña, y multiplique
Contra ti su porfía,
Mano hay que lo escarmienta
Y que de lo mortal te deja exenta;
Castigada la bárbara osadía
Por fuerte joven, que en el bruto alado,
Del triunfo de Medusa hijo valiente,
Victorioso se aclama, y su cuidado
De cuantas manchó espumas
El negro humor caliente
Del monstruo, hará nacer otro con plumas,
Parte noble á ser fama, que felice,
Por inmortal deidad te solemnice,

DIALOGO.

PEDRO, POETA.

POETA.

Si Pedro, en amar diestro,
Ignora á su Maestro,
De amante no se alabe;
Que el que lo que ama ignora, amar no sabe.

PEDRO.

Cuando en desconocerlo tuve empeño,
Entonces mejor supe amar mi dueño;
Porque sabio en amar siempre se llama
El que sabe guardar aquello que ama;
Yo lo negué, mas lo guardé, si pude,
Negándolo, libramme de la muerte.

Carta al señor de Gor, conde de Torrepalma, retirado de la corte al lugar de Ciempozuelos, á divertirse el quebranto por la pérdida de un hijo que amaba tiernamente (1).

Conde mio, ya no puedo
Sufrir ausencia tan larga;
Si es por probar mi cariño,
Ya está de prueba y de marca.
¿Los ocho dias son éstos?
O tenemos lo de márras;
Diómela por quince dias,
Toméla por tres semanas.

Mas, como contigo cuanto
Te es preciosísimo guardas
En mujer, hija y sobrino,
¿Qué Porcél ni qué alcaparra?

Consolárame el saber
Que tu musa conquistaba
(Como suele) el laurel sacro,
Que se enreda con tu Palma.
Pero aun no habrán los judíos
Tocado de Eitan la playa (2).
¿No sé por qué! pues tu musa
No se ahoga aun en más agua.

Y si sé: tu flojería,
Que de la mia es hermana;
Y luego riñes que duermo,
Y yo pregunto, ¿y tú pajas?
Dormirás muy lindamente,
Y á las diez de la mañana
Cuando más, con tus papeles.
Por juego, tomarás tabla.

La tarde la hará el pascero,
La noche buena, y no larga
La mañana, y me diréis
Que no la habeis hecho malal
Pero la comida olvido;
Como con poeta hablaba,
Pensé que siendo lo ménos,
Era por demas nombrarla.

Mas tu mesa es más y más
Abundante, culta y franca;
Eres poeta, y tal poeta!
¿Oh, qué fueras si ayunaras!
Por acá muy lindamente
Se hace, y aun con ventaja
En lo caliente, sin moscas,
Y con más luz meridiana.

Se duerme ni más ni ménos,
Porque yo tengo esta gracia
Desde niño, y cuando duermo,
No me hablo ni con el Papa.
Pero, si tu huésped soy,

(1) Véase la contestacion del Conde de Torrepalma en las poesías de éste.
(2) Alude al poema sobre Moisés, que á la sazón escribía Torrepalma.

¿Qué quieres, señor, que haga?
Dar de mano á los cuidados,
Y de cabeza en la almohada.
¿Qué importa, pues, que mis pleitos
Me los metan á baraja,
Que la capilla del Rey
Del manteo no me asga;

Que la cámara no quiera
Purgar para mí una capa
De coro, ni que el Infante
Mande darme una sotana?

Tenga en tu casa un rincón,
Ocios, libros, mesa y cama;
Muérase el mundo, y que viva
Mi Conde de Torrepalma.
Tú mi Mecénas, mi Comes
Mecénas eres, y Epartha,
Y eres el *Deus nobis hæc*
Otia fecit, si aquí encaja.

Mas, oh, que en vano porfio
En adobarte las chanzas,
Tú sin gusto para oirlas,
Yo sin genio para hablarlas.
¿Quién para ahora tuviera
La sal de todas las salsas!
¿Quién se *queredoizase!*
¿Quién se *villarrocólara!*

Por divertirte, á Talía
Galanteé, y la picaña,
Siendo una ninfa corriente,
Para mí se ha vuelto estatua.
Hubiérame sido Dafne,
Pues con su laurel lograría
Aderezarte un buen plato
De aceitunas ó alcaparras;

O, ya que quiso ser piedra,
Muchísimo enhoramala
Fuera una Anaxarte; que
Yo por eso no me ahorcára.
Pero, según lo afligida
Que está su Carantamaula,
Una Niobe está hecha
Por yo no sé qué le falta.

Tú, que mejor que yo sabes
De aquella viril constancia,
Donde el sufrimiento pule
Lo que los pesares labran;
De aquel moral estoicismo,
Cnyas hojas, bien rumiadas,
Hacen de una rica seda
La tela de las desgracias;

De aquel socrático humor...
Mas todo esto es patarata;
Más llano y mejor: de aquella
Tu conformidad cristiana;
Podrás decirle mil cosas;
Que aunque yo diga otras tantas,
Valen más las que tú dices,
Y mucho más las que callas.

POETA.

De qué suerte no entiendo.

PEDRO.

De esta suerte.

Por el amor en mí Jesus vivía;
Si me confieso suyo, no se dude
Que yo tambien moria;
Muriendo yo, dos muertes padeciera;
La de cruz y la mia, que sintiera;
Negándolo yo, vivo y me reservo;
Y así, aunque en el Calvario á morir viene,
Queda vivo en la parte que en mí tiene;
Luego, cuando lo niego, lo conservo
En la parte que puedo; esto es amarlo,
¿Qué tienes que dudar?
Si Pedro, por guardarlo, á Jesus niega,
Y por amarlo, que lo guarda alega,
Cuando en desconocerlo tiene empeño,
Entonces mejor sabe amar su dueño.

Y despues que la castigues,
Vuélvemela más humana,
Si es que se puede ajustar
Tu lira con mi guitarra.

Vaya ahora de noticias;
Que fuera delito, carta
De la corte y sin *Gaceta*;
Mas no te diré patrañas.
Tuvimos nuestra academia
Esta semana pasada,
Asistiendo ambas dos luces (3),
Que no consumen y abrasan.

Nuestro amable secretario,
Pues le amamos y nos ama,
La academia, en un soneto,
Abrió con llave dorada.
Tan dulcemente el *Amuso* (4)
Cantó del Genil las aguas,
Que lo pensé Garcilaso,
Viendo que en su vega canta.

El *Zángano* (5) en un romance
Tocó muy bien la pavana
A Catuja, á cuyo són
La risa en todos brincaba.
Yo saqué mi guapo Aquiles,
Aquel mi antiguo fantasma;
Pero (bien lo sabe Apolo)
Allí le tembló la barba...

Esto va malo, y cansado
El portador, ya me aguarda,
Cuando por despachar presto
Escribo en verso la carta.
Si son versos lo verás;
Ellos como vienen saltan,
Para que, pues son mis gozos,
En esos Ciempozos (6) caigan.

Mi rendimiento á los piés
De mi señora tocaya;
Si le ofende la llaneza,
El asonante lo causa.
Yo bien sé que eres su Cayo,
Su señoría tu Cayo,
Que se *alfonseca*, y que tú,
Si no te *empapas*, te empapas.

A nuestro Marqués, que quedo
Suyo como antes estaba:
Tu capellan, José Antonio
Porcél, desde esta tu casa.

(3) Alude sin duda á la Marquesa de Sarriá y á la Duquesa viuda de Arcos, cultivadoras ambas de las letras.

(4) Don Blas Antonio Nasarre. Alude á la *Fábula del Genil*, que leyó Nasarre en la Academia del Buen Gusto, dándola por suya.

(5) Don José Villarroel, presbítero, poeta festivo, muy admirado entonces.

(6) Equívoco sobre Ciempozuelos. (Notas del Colector.)

FRAY DIEGO GONZALEZ.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

I.

DEL PADRE FRAY JUAN FERNANDEZ (1).

El maestro FRAY DIEGO TADEO GONZALEZ tuvo por patria á Ciudad-Rodrigo, y por padres á don Diego Antonio Gonzalez y á doña Tomasa de Avila García y Varela, no ménos recomendables por lo ilustre de su linaje que por sus virtudes morales, cristianas y civiles. Con el uso de la razón se descubrió en él la afición á la poesía; la sublime armonía de esta ciencia divina era tan conforme con su alma, que bastaba que un escrito lo fuese en verso para atraerle á su lección. Por esta causa leyó en los años primeros de su vida todo lo mejor que en poesía tiene la lengua española, proporcionándole libros su mismo padre, quien, sin ser poeta, conocía y estimaba todos los primores del arte. Era dificultoso que quien congeniaba tanto con los poetas, tuviese un corazón hosco y desamorado, y así sintió GONZALEZ las heridas de amor casi al mismo tiempo que los encantos de los versos. Esta dulcísima pasión, que ha sido, por lo comun, el primer ensayo de los poetas, lo fué tambien del nuestro, aunque sus versos no han llegado á nuestros dias. Se deja concebir que serian tan mal formados como oportunos para su intento, y así lo significa él mismo en la carta á Jovino, cuando dice que, *sin deber á Apolo númen ni inflamacion, cantó amoroso*.

Siendo de diez y ocho años (2) tomó el hábito de san Agustín, y profesó en el convento de San Felipe el Real de Madrid, dia 23 de Octubre de 1751. Hizo sus estudios en Madrid y en Salamanca, con aplicacion y aprovechamiento; pero sus mismos condiscipulos observaban en él un genio particularísimo para la poesía, y una aplicacion singular á todos los libros que trataban de ella. Horacio y fray Luis de Leon fueron sus autores favoritos; de uno y otro sabía las odas casi de memoria, y al último le estudió con tanto gusto y esmero, que se le pegó el estilo, hasta el extremo de imitarle con la mayor perfeccion. Una prueba de esta verdad son las adiciones ó suplementos que hizo de la traduccion de los capitulos de Job, que estaban incompletos, y se notan en la impresion de la *Exposicion de Job*, con letra bastardilla; particularidad capaz sola de hacer advertir cuál es obra de fray Luis, y cuál de FRAY DIEGO GONZALEZ, como lo confiesan los inteligentes.

Siguió la carrera escolástica con honor, no obstante que su genio moderado y pacífico aborrecía aquel ergotismo encarnizado que florecía en su tiempo, tanto como amaba los libros que con método y claridad trataban las materias teológicas. Tanto en la cátedra como en el púlpito era oído con gusto, y muchas veces con admiracion. En Salamanca predicó un sermón del Santísimo Sacramento con tal unción y elocuencia, que, arrebatado el inmortal Batilo, uno de los oyentes, de su entusiasmo, escribió aquella oda que comienza: *Tal de la boca de oro, etc.*; una de las mejores de este grande ingenio, que á un mismo tiempo hace honor al orador y al poeta (3).

(1) Era grande amigo y admirador de Jovellanos. Cultivó la poesía con el nombre de *Liseno*. FRAY DIEGO GONZALEZ le profesaba entrañable cariño. En una carta le llama *consuelo de mis trabajos y alivio de mis tristezas*. (Nota del Colector.)

(2) Había nacido en 1733. (Nota del Colector.)

(3) De este elocuente sermón, que llenó de fervoroso entusiasmo á sus oyentes y causó gran sensacion en Salamanca, dió noticia FRAY DIEGO GONZALEZ á Jovellanos en estos llanos y modestos términos, que ponen de